

LA MADRE DE FAMILIA,

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JUNIO—NÚM. 12 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Número de los peces: sus procedimientos. por M. Strum.

—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—La rosa, por C. S.—Dos historias tristes, por A. D.—Seccion doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

HISTORIA NATURAL.

NÚMERO DE LOS PECES: SUS PROCEDIMIENTOS.

El mar, este inmenso estanque que cubre los dos tercios de nuestro globo, se halla poblado de criaturas vivientes que conservan relacion unas con otras, y cuyas especies son tan numerosas, que estamos muy distantes de conocerlas todas. Mas en medio de esta multitud de seres animados, lejos de haber confusion alguna, los sabemos distinguir; y en el mar igualmente que en las demás partes del universo, reina un orden perfecto. Todas estas criaturas se pueden coordinar bajo ciertas clases: cada cual tiene su

particular naturaleza, su sustento, su género de vida, caracteres y facultades. Se observan entre ellas, no menos que sobre la tierra, gradaciones, matices, tránsitos imperceptibles de una especie á otra. La naturaleza pasa de lo pequeño á lo grande: perfecciona insensiblemente las especies, y eslabona todos estos seres por una cadena inmensa que los abraza.

¡Pero qué variedad, qué diferencia de formas y de destino no se descubre en esta prodigiosa multitud de habitantes del mar! Encuéntranse entre los peces, no solamente los mayores, sino casi los mas pequeños de los animales. Seducido el marinero por una apariencia engañosa, desembarca sobre la espalda de la enorme ballena, y se pasea por ella como en una isla, mientras que la suma pequeñez de ciertos pececillos apenas permite divisarlos (1) Algunos son largos y delgados; otros anchos y cortos: los hay planos, cilíndricos, triangulares, redondos y de otras varias figuras. Tambien los hay armados de un cuerno, de una fuerte espada, ó de una sierra. En algunos se confunde el color con el del mar,

(1) La ballena se halla excluida de la clase de los peces desde que el inmortal Linneo la colocó entre los mamíferos, y son muchos los animales de otras clases que viven en el mar.

en términos que es difícil distinguirlos; y al contrario, la naturaleza ha adornado á otros con los mas magníficos colores. Ciertas especies, que lo destruyeran y devoraran todo, se multiplican muy poco, y al revés, otras se prolongan prodigiosamente, por que sirven de alimento á los hombres y animales.

Estamos poco instruidos sobre la industria de los peces, por hallarse fuera de nuestro alcance: pues la mayor parte habitan profundidades inaccesibles á nuestras investigaciones. Sábese no obstante que de todos los animales, son los que tienen mas larga vida: la de la carpa pasa de doscientos años, y se presume que las ballenas podrian vivir diez siglos, si, por lo comun, no abreviasen su existencia las armas de los pescadores, ó los mónstruos marinos que les hacen una obstinada guerra, como el pez sierra, el espada y otros. Los peces traspiran y se endurecen poco: no tienen huesos propiamente tales; y estas son las principales causas á que parece deberse atribuir la larga duracion de su vida. Por lo demás, se hallan en un estado de guerra continúa: con todo, podemos presumir que no se limita toda su industria á devorarse unos á otros. Sus pasos son tan singulares como los de las aves. Pueden necesitar de una especie de génio para hacer sus cacerías con mejor éxito, y para sustraerse de la persecucion de sus enemigos. La jibia, el calamar, y el pulpo derraman oportunamente un licor negro que turba el agua, y los oculta á los ojos del pez que conspira á su ruina. Quizá la emision de este fluido no es mas que efecto del temor de que se halla sobrecogido el animal, y que relajando el músculo de la vejiga hace verter la tinta; lo cual produciria el mismo resultado. Puede ser tambien que este licor le sirva para coger mas fácilmente la presa con que se nutre. Otros como el caracol, llamado púrpura, agujerean con mucho arte las mas duras conchas para sacar de ellas el animal que encierran. Armado el pez sierra de una fuerte espada, dentellada por ambos lados, hace una guerra eterna á la ballena, y la persigue con encarnizamiento. Es un espectáculo digno de verse, el combate de estos dos *cetáceos*: (1) llámanse así los grandes animales marinos, que se aproximan mucho á los cuadrúpedos por su estructura, cuya forma imita la de los peces. Verdad es que la ballena no está armada como el pez sierra, pero con su desmensurada cola pro-

(1) El pez sierra no es un cetáceo, sino un pez del orden de los *selacios escaulos*.

cura dar un golpe tal á su enemigo, que si tiene la dicha de conseguirlo le saca fuera del combate. El pez sierra, como que es agilísimo, elude con maña sus tentativas, salta en el aire, y dejándose caer sobre aquel enorme animal le desgarran con su sierra. Bien pronto queda teñido el mar con su sangre; ajítase la ballena con violencia, entra en furor, azota las aguas con su espantosa masa, las hace bramar, y las eleva á manera de montañas. Los cetáceos arrojan por sus conductos el agua que han tragado, con tal ímpetu que se estiende á veces á muchas toesas. Estos torrentes podrian en ciertos casos aturdir la presa, y facilitarles el cogerla.

El torpedo, que adormece tan súbitamente la mano que le toca, provee por este medio tan singular á su conservacion. Este pez es una verdadera máquina, que prepara y congrega el fluido eléctrico, le trasmite en un instante á muy grandes distancias, y en cuanto á la fuerza, casi hace experimentar conmociones iguales á las de la botella de Leyden (1).

Perseguido el pez volador por una multitud de enemigos voraces que continuamente le hacen guerra, se arroja con un vuelo rápido y se sostiene por algun tiempo en el aire, á beneficio de dos grandes aletas de que está dotado. Exita la mayor curiosidad el ver salir estos peces de las aguas en numerosos escuadrones, y volar en tropel. Pero se les secan muy pronto las alas por el contacto del aire, y obligados á sumergirse de nuevo en su elemento natural, vienen á ser la presa de sus enemigos.

Los verdaderos peces se perpetúan de una manera que es propia. Las hembras al tiempo de aovar dejan caer sus huevos, y los machos los fecundan. Los huevos se hinchan engruesándose, y muy en breve salen de ellos los pececillos que encierran. Cuando la hembra deja de echar huevos, sigue el macho con ardor los que lleva la corriente, ó que dispersa por todas partes el mar ajitado del viento; y se le observa repasar cien veces los sitios en que se encuentran. Entre los peces marinos hay algunos que desovan sobre la ribera, cerca de los lugares en que van á estrellarse las olas, y donde pueden ser calentados por el sol, y allí puntualmente se encuentra una multitud de insectillos, pasto el mas

(3) Se conocen siete especies de peces eléctricos, pero solamente la torpilla y la guinanota han sido estudiados con cuidado: los fenómenos que presentan corresponden mas bien á corriente eléctrica que á la botella de Leyden, y son debidos á un órgano particular que, segun Mateucci, es un verdadero aparato multiplicador.

propio para la nueva cria. La naturaleza que inspira á las madres á poner sus huevos en estos parajes, asegura así la conservacion de diferentes especies; mas los peces que habitan en alta mar, como demasiado distantes de las riberas, hacen su desove en las aguas; y nadando los huevos sobre la superficie, participan por este medio de las dulces influencias del sol y del aire.

¡Cuan admirable es Señor, la belleza de vuestras obras! Todas me anuncian las diferentes miras de vuestras sabiduría; y si es rica la tierra, lo debe solo á vuestras liberalidades. El vasto mar ha recibido las que le son propias; y oculta en su interior una infinidad de criaturas vivientes. ¿Quien es capaz de contar los mariscos que se arrastran en él, los peces de todas magnitudes que nadan en sus ondas, y los insectos que hormiguean en su seno? Los grandes bajel-les, á pesar de su cargamento, se sostienen sobre las olas y surcan los mares. La ballena, no obstante la pesada carga de su masa, que parece debia agotarla, se maneja y juega en las aguas con agilidad. Todos los vivientes se vuelven, Dios mio, hácia Vos: Vos teneis en expectativa á todos los animales, y Vos les dispensais su alimento en tiempo oportuno.

M. STURM.

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

CONTINUACION.

—Ya sabe V. que yo....

—Sí: cuento con su amistad á Enrique, con su cariño hácia mí, y por eso le ruego que, oiga lo que oiga, suceda lo que suceda, no revele V. nunca que Enrique ha malversado ese dinero, y que yo lo he puesto en sus manos.

—Empeño á V. mi palabra de honor de que lo haré como desea.

Castro salió para buscar á su amigo Enrique.

En la escalera se cruzó con un jóven que cubierto de polvo y de sudor, le saludó con expresion alegre y respetuosa.

Era Juan Manuel, el asistente de D. Estéban de Aguilar, padre de Enrique, y esposo de Marta.

Juan Manuel venia en nombre de su amo á decir á su señora que no le esperase en aquel

dia, pues un asunto inesperado le retenia hasta el siguiente en el punto donde se encontraba. Tambien debia llevar á su señor unos papeles de interés que se hallaban en el despacho.

Marta acogió con júbilo la noticia de aquel retardo. Esto le daba algunas horas al menos de tregua.

Deseando quedarse sola, dió orden á Juan Manuel de que fuera á cumplir el encargo de D. Estéban, y ella permaneció en su estancia, sin cuidarse de otra cosa que de la situacion en que se habia colocado.

¡Oh! los pensamientos de Marta eran agitados y tristes como un dia sin luz, como una noche sin estrellas.

Á veces, bendecia con fervor al cielo, creyendo salvado á su hijo, y juzgando que su falta iba á quedar sepultada en el olvido.

Otras, recordaba el paso que habia dado, y se estremecia llena de espanto, pensando en las consecuencias que su accion iba á traer.

Aquelcajon, abierto por ella con una llave que no era la suya, aquel dinero extraido sin conocimiento de nadie, en medio de la soledad y del misterio, tenia todo el aspecto de un robo doméstico, de uno de esos crímenes, mas infames. aun, cuanto mayor es la confianza que inspira el que los comete!

El temor, la esperanza, la incertidumbre, y la agitacion de un modo terrible, y si Estéban hubiese estado á su lado en aquel instante, es seguro que su turbacion y su inquietud hubieran vendido el secreto que con tal empeño queria guardar.

Apesar de su afan, las horas trascurrieron con su lentitud acostumbrada, pero trascurrieron al fin, y los cien relojes de la poblacion dieron pausadamente las diez.

Marta se estremeció.

Aquella era la hora marcada á su hijo para entregar los fondos.

La pobre madre cruzó las manos sobre el pecho y sus lábios se agitaban, murmurando palabras que no podríamos descifrar: quizá eran una plegaria, quizá una accion de gracias; quizá tambien un ruego para el porvenir!

En aquella actitud, en aquel estado dejó pasar los momentos sin contarlos.

¡Oh! ¿sialcánzaria el oro tomado para cubrir aquella falta? si apesar de todo, llegaria á saberse la culpa de Enrique.

Todo esto agitaba de tal modo á aquella pobre mujer que ni sabia donde se hallaba, ni lo que la cercaba en derredor.

La puerta se abrió de pronto, y un jóven de hermosa presencia, de rostro noble y simpático

y de modales sueltos y elegantes, apareció en el dintel y se detuvo irresoluto.

En su semblante, pálido y contraído en aquel momento, se pintaba una profunda y visible emoción.

Era Enrique:

Era el hijo que, en un momento de extravío, había puesto su planta en la senda del vicio, pero que arrepentido y mirando con horror el pasado, venía á demandar el perdón de la madre que le había salvado.

Marta al verle dió un grito, y se levantó como impulsada por un resorte.

El jóven fijó tímidamente sus ojos en ella, pero al ver aquel semblante querido respirando solo indulgencia y bondad, dió algunos pasos y se precipitó rápidamente en los brazos de Marta.

—¡Hijo! hijo del alma! exclamó la pobre mujer estrechándole contra su corazón de un modo convulsivo y delirante.

—¡Madre mia! respondió el jóven con afán.

—¡Oh! ¿la caja...?

—¡Entregada!

—¿Y tú?... preguntó Marta con miedo aun.

—¡Salvado!

—¡Bendito sea Dios! exclamó ella con una explosión de alegría, y mirando á su hijo con el placer y la codicia con que miramos un bien que juzgamos perdido,

—¡Oh! madre mia; ¿me perdona V., es cierto?

—¡Lo has dudado un momento!

—No: pero quería escucharlo de su boca, que ria asegurarla, que desde hoy....

—Bien: sí; hijo mio, desde hoy no vuelvas á afligir á tu madre, que moriría de dolor si te viera desgraciado.

Enrique besó la frente de su madre, y enjugó al par una lágrima furtiva que á su pesar había brotado en su pupila.

—¡Oh! tu no sabes que momentos de angustia he sufrido; pensar que iba á verte acusado de... ¡Ah! esto era horrible: sí, hijo mio, horrible porque, no lo dudes; es un miserable el que toma un dinero que...

La palabra espiró en los labios de Marta; un recuerdo espantoso había acudido á su imaginación.

Sus mejillas se tornaron pálidas, y miró en derredor con angustia.

—¿Qué tiene V. madre mia? dijo el jóven mirándola con amor.

—¡Nada, nada! es que pensaba... es que recordaba el peligro que has corrido, y que...

—Gracias al cielo que ya pasó, y pasó para siempre ¡Lo juro! y ya que V..... Ayuntamiento de Madrid

—¿Y Castro? preguntó Marta, que no quería entrar en el terreno de las esplicaciones, sabe ya...

—Aun no le he visto. Cuando mis jefes me dejaron solo, cuando ya nada tenía que temer, mi primer pensamiento fué venir á ver á V., á tranquilizarla, á darle gracias.

—Pues vé, ve á buscarle y que lo sepa todo: él es tu amigo, él se ha interesado por tí... él me ha ayudado mucho, y ha compartido mi inquietud.

—¿Y mi padre? preguntó Enrique con temor.

—Hasta mañana no debe volver, respondió Marta suspirando.

El jóven besó de nuevo la mano de su madre y salió de la estancia para correr en busca de su amigo, y darle las gracias con toda el alma. La prueba había sido demasiado cruel, porque Enrique había sufrido mucho en aquella mañana. Para un jóven pundonoroso, la pérdida del honor es quizá mas terrible que la pérdida de la vida, y el hijo de Marta conservaba aun el sentimiento del honor y de la dignidad, aunque una locura de la juventud le hubiese impedido á cometer aquella falta.

Las horas de incertidumbre y de afán que habían trascurrido para él en aquella mañana, bien podían expiar toda su culpa, por que en ellas había pasado un siglo de ansiedad, de tormentos y de terror.

Cuando Marta le vió salir, se llevó una mano al corazón y exclamó con angustia:

—Ahora nada tengo que temer por él, pero ¿qué es lo que voy á hacer? ¿qué es lo que he hecho? casi... casi... ¡no quiero pronunciar la palabra! he robado á mi esposo para librar á mi hijo! ¡Oh! á donde nos lleva el amor maternal! á donde nos lleva!

Marta se estremeció.

Una luz clara y fugáz como un relámpago, iluminó de pronto su mente.

Recordó á Mercedes, á la infeliz mujer que desde la noche anterior gemía en un calabozo, sin honra, sin apoyo, sin consuelo, y dando un grito y oprimiéndose la frente entre las manos:

—Ay! exclamó; ¿si tendrá esa mujer un hijo, si por él habrá hecho lo mismo que yo? ¡Oh! es preciso averiguarlo, y yo lo sabré!

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilches.

LA ROSA.

De Jericó la verde pradería
Esmaltaba á millares con las flores
Risueña primavera, sus colores
Disputando celosas, y á porfía.
Allí encontraban su placer mis ojos,

Y sin enojos
con dulce calma,
Gozosa el alma
Las disfrutaba:
Allí miraba

En sus matices bellos y hermosura,
La bóveda celeste blanca y pura.

En este rico valle venturoso,
Se ostenta entre jazmines y azucenas,
La purpurina rosa, á quien amenas
Las flores acompañan, y obsequioso
Del aura el grato soplo blandamente

Con suave ambiente
La va cercando,
Va derramando
Mas y mas vida,
Por que lucida

Salga entre todas, cual su reina amada,
De fresco ornato y de beldad bañada.

Forma del mirto la verdosa rama
Con balsámico nardo su corona,
Y al empinado cedro que aprisiona
Veloz la humilde yedra se encarama.
Un arroyuelo claro y atrevido

Con manso ruido,
Corre saltando,
Siempre llevando
Plata en su espuma,
Por el perfuma,

Y se enriquece el abundoso prado
Con varia flor, y con olor sagrado.

Los claros dias del florido Mayo
Ambas en torno esparcen por el suelo,
Y el frondoso ramaje, ni aun del cielo
Entrar permite el ardoroso rayo.
¡Oh que placer! de las parleras aves

Los trinos suaves,
El dulce acento
Para del viento

La fuerza insana,
Y no profana

Sus tristes quejas, ó su alegre canto:
Ellas solas lograrán favor tanto!

De espinas, mal vallado y fuerte muro
Resguardada se vé la Rosa bella;
Saltando de placer besa su huella
Del monte huyendo el arroyuelo puro.
Jamás mortal en su recinto ufano

Con torpe mano
Entrar pudiera,
Sin que le hiriera
Su dardo airado:
Y así, dorado

De la temprana aurora el rostro hermoso,
Sus dias vive en plácido reposo.

Al ver de lejos la vermeja frente
Corren mis piés á dó mi vista lleva;
¡Ay, que belleza ví! Como renueva
Su brillo encantador, su faz ardiente!
¿Porqué moras aquí, porqué has venido

Al triste olvido
De aquestas breñas?
¿Porque desdeñas
Caricia humana?
Solo lozana

Al ruiseñor seras, y al bosque umbrío
Sin dejarte vencer del ruego mio?

Ay no! Conmigo ven; ven que te espera
Destino mas feliz, y mejor suerte;
Aquí temprana y olvidada muerte
Sola, tendrás en la fugaz ribera:
Ven á mis manos, ven ¡oh Rosa amada!

Ven fortunada
Con tierna risa;
Vuela y aprisa
Los campos deja;
Llega y festeja

Con goso singular la Reina mia,
Y pruebas de mi amor dále á María,

C. S.

FRAGMENTOS DE UN VIAJE.

DOS HISTORIAS TRISTES.

CONTINUACION.

Dí un paso para ir á cerrar aquella y encender la luz, cuando en aquel instante resonó en la misma puerta un tercer alarido: arrojéme á ella, la abrí, y entró Fiel solo, que empezó á saltar como de costumbre, pero en vez de acariciarme me agarró el vestido, y tirábame de él sin cesar. Adiviné que Francisco se hallaba en peligro de muerte, y sin cerrar puerta ni ventana me eché fuera, y seguí á Fiel que iba delante de mí.

Al cabo de una hora ya no tenía yo zapatos, mis vestidos estaban hechos jirones, la sangre corría por mi rostro y por mis manos; andaba con los piés desnudos sobre la nieve, las espigas y los pedernales, y nada sentía. De cuando en cuando me daban ganas de gritar y decir á Francisco que yo iba á socorrerle, pero no podía, ó mas bien no me atrevía. Por donde pasaba Fiel por allí pasaba yo tambien, sin que pueda decir á VV. como y de qué manera, porque nada sé. Despeñóse de la montaña un alud: yo oí un estrépito semejante al del trueno, sentí que todo se conmovía como en un terremoto, me agarré á un árbol, y el alud pasó. Fui arrastrada por un torrente, sentí que iba rodando algun trecho, luego fui á dar contra un peñasco al que me así, y sin saber como me hallé de pié y fuera del agua; ví brillar los ojos de un lobo en un matorral del camino, fuíme en derechura á él, sintiéndome con valor para ahogar al animal si se atrevía á atacarme, pero el lobo tuvo miedo y echó á correr. Por último, al amanecer, guiada siempre por Fiel, llegué al borde de un precipio sobre el que se cernía un águila, ví en el fondo una cosa parecida á un hombre tendido, y dejándome resbalar por un peñasco en declive, caí junto al cadáver de Francisco. El primer momento fue todo de dolor, yo no procuraba saber como se había matado, sino que me echaba sobre él, ponía la mano en su corazon, tocaba su manos, su rostro, todo estaba frio, todo muerto; creí que tambien iba yo á morir, pero pude llorar. No sé cuanto tiempo permanecí de este

mode: levanté por fin la cabeza y miré en derredor mio, Junto á Francisco habia una águila hembra ahogada, en la punta de un peñasco un aguilucho vivo, triste é inmóvil como un pájaro esculpido, y en el aire el macho describiendo eternos círculos y dejando oír de cuando en cuando un chillido agudo y quejumbroso; en cuanto á Fiel, sin aliento y muriéndose tambien, se habia tendido junto á su amo y lamia su rostro cubierto de sangre.

Francisco habia sido sorprendido por los padres, atacado por ellos sin duda, en el momento en que acababa de apoderarse de su hijo, y obligado á desasirse del peñasco por el que trepaba se habia caído ahogando al águila que se habia echado sobre él y cuyas garras estaban aun señaladas en su espalda.

—Vea V. por que queremos tanto á Fiel, continuó el anciano, á no ser por él los lobos y los buitres habrian devorado el cuerpo de Francisco al paso que ahora, merced á él, se halla sepultado en una tumba cristiana, sobre la cual de tiempo en tiempo, cuando nos falta la resignacion, podemos ir á rezar....

Conocí que Jaimen y Mariana necesitaban estar solos, y en vez de ponerme á la mesa, me salí fuera.

Á las diez me llevó el anciano al cuarto que se me habia preparado: sobre una mesa que estaba junto á mi cama habia un manuscrito y recado de escribir.

—Mire V., me dijo Jaime, V me ha pedido detalles sobre el derrumbamiento de Goldau, y yo no he querido hablar á mi hija de este suceso que la habria recordado la muerte de su madre, sobre todo en unos momentos en que ya tenia el corazon acongojado; pero aqui hallará V. una relacion muy exacta de esta catástrofe, escrita por su padre, antiguo amigo mio, llamado José Vigeld. Puede V. copiarla y vera que Dios fué quien preservó á Mariana, para que pudiera ser algun dia el consuelo de un viejo que ya no tiene hijo. Dí mil gracias á mi huésped; pero ya tenia bastantes recuerdos para mi velada y dejé el nuevo trabajo para el dia siguiente por la mañana.

Despertóme un rayo de sol que empezó á danzar tan alegremente sobre mis ojos cerrados, que quieras que no, tuve que abrirlos.

Al principio creí que habia tenido sueños incoherentes y raros: Massena, Francisco, Fiel,

Mariana y las águilas, se habian mezclado de tal modo en mi sueño, que tuve todo el trabajo imaginable para entresacar de mi memoria todos estos recuerdos y para hacer brillar la luz en aquel caos. Hecho esto me acordé de que tenia aun que oír otra catástrofe de familia no menos terrible, á saber, el derrumbamiento del Ruffiberg.

Hago á mis lectores la relacion en toda su sencillez, porque la he copiado, ó por mejor decir, traducido literalmente del manuscrito de mi huésped. Quizá no dejará de ser interesante, ahora que gracias al singular talento de M. Daguerre, se puede ver en el diorama una pintura tan exacta y dramática de este suceso.

«El verano de 1806 fué muy tempestuoso, y las continuas lluvias empaparon la montaña; sin embargo habíamos llegado al dos de setiembre sin que nada nos pudiese hacer presajiar el peligro que nos amenazaba.

Á cosa de las dos de la tarde dije á Luisa, la mayor de mis hijas, que fuese á buscar agua á la fuente: cojió ella su cántaro y partió, pero al instante volvió diciéndome que la fuente habia dejado de correr. Como no tenia mas que atravesar el jardin para cerciorarme de aquel fenómeno, fui yo mismo y ví que efectivamente era cierto: quise dar tres ó cuatro azadonazos en la tierra para averiguar la causa de aquella desaparicion, cuando me pareció sentir que el suelo temblaba bajo mis piés, y solté el azadon así que acababa de clavarlo en la tierra. Mas, cual fué mi asombro al ver que se meneaba solo! Al mismo tiempo echó á volar una nube de pájaros dando agudos chillidos; levanté los ojos y ví desgajarse los peñascos y rodar por la montaña; creí que estaba poseido de un vértigo. Eché á andar para volverme á mi casa, pero detrás de mí se habia formado un foso cuya profundidad no podia medir. Salté por cima, como hubiera hecho en medio de un sueño, y corrí á mi casa; parecíame que la montaña resbalaba sobre su base y me perseguia.

Al llegar á la puerta ví á mi padre, que habia predicho muchas veces este desastre, acabando de llenar su pipa. Díjele que la montaña vacilaba como un hombre borracho, é iba á caer sobre nosotros; él miró y dijo:—Bah! aun me dará tiempo para encender mi pipa: y se entró en casa. En aquel instante pasó por el aire una cosa que hizo sombra; alcé los ojos y ví que era un peñasco lanzado como una bala de cañon, que fué á destruir una casa situada á cuatrocientos pasos de la aldea. Entonces apareció mi mujer, revolviendo la esquina de la calle, con tres de nuestros hijos; corrí á ella, cojí dos en mis brazos y la grité que me siguiera.

—Y Mariana!... exclamó ella lanzándose hácia la casa, Mariana que se ha quedado dentro con Francisca! Detúvela por un brazo, pues en el mismo momento la casa daba vuelta sobre sí como unas devanaderas. Mi padre que ponía el pié en el umbral fué arrojado á la otra parte de la calle. Yo tiré de mi mujer y la obligué á seguirme; de repente se oyó un ruido espantoso, y una nube de polvo cubrió el valle. Fuéme arrancada mi mujer; volvíme, y ya habia desaparecido con su hijo.

Allí habia algo de incomprendible, de infernal; la tierra se habia abierto y vuelto á cerrar bajo sus piés y no hubiera yo sabido adonde habia pasado, á no haberse quedado fuera una de sus manos: arrojéme sobre aquella mano que la tierra apretaba como un tornillo, y ya no queria moverme de aquel sitio, cuando oí que mis hijos gritaban llamándome en su auxilio: levantéme como un loco, coji uno debajo de cada brazo, y eché á correr. Tres veces sentí que la tierra se movia bajo mis piés y caí con mis hijos: tres veces me volví á levantar; por último ya no fué posible permanecer en pié; queria agarrarme á los árboles, y los árboles caian; queria apoyarme en un peñasco, y el peñasco huía como si estuviese animado. Puse á mis hijos en el suelo y me eché sobre ellos; un instante despues toda la montaña entera caía, pareciendo que habia llegado el ultimo dia de la creacion.

«Así permanecí con mis pobres hijos todo el dia y parte de la noche, creyendo que éramos los últimos seres vivientes del mundo, cuando á corta distancia de nosotros oímos gritos: era un jóven de Busingen que se habia casado aquel mismo dia. Volvia de Art con todos los convidados y parientes, y al entrar en Goldau se habia quedado un poco atrás á cojer en un jardin un ramo de rosas para su novia. Aldea, boda, novia, todo habia desaparecido de repente, y corría el infeliz como una sombra por entre las ruinas, con su ramo de rosas en la mano, gritando; Catalina! Yo le llamé, se acercó á nosotros, nos miró, y viendo que no estaba allí la que buscaba, echó á correr otra vez como un loco.

(Continuará.)

A. D.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Y forzajeando con los que querian detenerla, corrió medio desnuda, desencajada, aterradora, pero ¡ay! que la crisis era superior á sus fuerzas y cayó al suelo desplomada y sin vida.

D. Bernardo la recogió en sus brazos, derramando lágrimas de sangre! pero ¡ay! que aquel infecundo llanto, caía ya sobre el inanimado rostro de un cadáver!

—¡Jesus! exclamaron á un tiempo algunos de los oyentes de la Marquesa, ¡Jesus! pobre niña.

—Sí, pobre niña, que tuvo por padre á un usurero! pobre niña, que tuvo por padre á uno de esos hombres sobre quienes tarde ó temprano cae la maldicion de Dios! ¡Oh! acaso le valió mas morir! ¡que hubiera sido de ella en el mundo! ¿creis que hubiera podido olvidar el pasado? ¿que hubiera podido mirar á D. Bernardo sin que su corazon diera un latido de horror, al recordar á aquel esposo bueno y querido, á aquel hijo sobre cuya frente no pudo estampar un solo beso de ternura? ¡Oh! no: por que hay escenas que no se pueden borrar nunca de la memoria, y aquella de que María fué testigo y víctima, era sin duda una de ellas

—¿Y qué fué de D. Bernardo? preguntó Julio, que, niño al fin, no queria ignorar nada de cuanto tuviese relacion con todo lo que impresionaba su espíritu.

—D. Bernardo, hijo mio, vive aun.

—¡Vive!

—Sí.

—¿Pero dónde?

—Eso, Julio, no puedo revelártelo, por que yo quiero que odies al crimen, pero no debo manchar tu hermosa alma con el odio hácia el hombre, por mas que este sea criminal. Pero cuando mires pasar por tu lado un sér de semblante enjuto y sia color, de labios comprimidos, de mirada recelosa, y frente sombría, á quien te designen con el nombre de usurero ó gavelista, dí en el fondo de tu corazon: ¿Si será este el asesino de Pablo? ¿si será este el verdugo de la pobre María? y quizá no te engañes; por que ya dije al empezar á contaros esta historia, que algunos de sus personajes vivian aun.

—Pero ¿no se ha arrepentido? no se ha hecho ya bueno, abuelita? preguntó Julieta estremeida ante las dolorosas impresiones que aquel relato le habia hecho sentir.

—Un usurero de pura sangre, jamás se convierte de veras, hija mia, ó al menos es raro que suceda así. El interés, la avaricia le ciegan de tal modo, que nunca juzga que obra mal. Preguntadle sobre esto á cualquiera de ellos, y os dirá con una insultante seguridad, que él trabaja mucho, que le ha costado muchos sudores y mucho afan y muchos desvelos reunir aquel dinero, aquel dinero, con el que se gana honrradamente la vida, y no debe dejar que ninguno se le arrebate impunemente. Para él, la usura es un negocio lícito y.... hasta conveniente. Y no le habéis jamás de desgracias, de contratiempos: para él no hay desgraciados.... para él solo hay hombres inútiles ó indolentes, y cuando mas, altos de cálculo: á todos los acusa, á todos los censu-

ra, menos á sí mismo. Aprovechando el infortunio ajeno, duplica en pocos dias su capital, y apellida á su ganancia un negocio bueno; si destruye la paz de una familia, si le arranca el último giron de su fortuna, á esto le llama industria, le llama cálculo! hasta creen, Dios les perdone, que la usura es conveniente y útil, y necesaria, y jamás se acusan del mal que causan, haciendo siempre pesar la culpa sobre el infeliz que cayó en sus manos! Por eso D. Bernardo, ante el desastre causado por él, no sintió ablandarse sus entrañas ni humanizarse su corazon, no: al contrario: obedeciendo al enceno y á la inquietud, y al dolor que roía su alma, se hizo mas tirano, mas exigente, mas cruel. Él sufría, y egoísta hasta el extremo, no tuvo ya compasion alguna del sufrimiento de los demás; miró con indiferencia las lágrimas, miró con frialdad el dolor, y sin tener un solo sentimiento de amor en su corazon, cifró mas y mas su afan en su oro. ¡Oh! aquel hombre, hijos míos, ha hecho cosas espantosas, ayudado siempre de su infame cómplice, de su agente que, mas miserable aunque él, redondea sus negocios, le ayuda á calcular, y le busca victimas que destruir, ó como él dice, buenos negocios que llevar á cabo!

—Y ¿dormirán tranquilos?

—¡Oh! sí: y si alguna cosa los desvela no es el eco de los suspiros que hicieron exhalar, no el ardor de las lágrimas que hicieron verter, es solo el pensamiento de que si alguno de sus acreedores podrá escapar de entre sus garras, ó si ha dejado de arrebatarle alguna gota del sudor de su frente, alguna gota de la sangre de sus venas!

—¡Ay! abuelita, calla por Dios, me dá miedo oírte! me dá miedo pensar si alguna vez pasará cerca de mí un D. Bernardo, y sobre todo, me asusta el castigo que Dios les dará en la otra vida.

—¡Oh! Dios que les arrojó á latigazos del templo, les arrojará tambien á latigazos de su gloria, cuando en presencia de todo el mundo les pida cuenta de sus hechos. Porque; hay un Dios, hijos míos, hay una justicia inmutable y eterna! y si no fuera así, ¿como soportaríamos los dolores y las injusticias que nos cercan? ¿qué lenitivo tendria el dolor? ¿qué esperanza el infortunio? Pero me siento fatigada. Los recuerdos que acabo de evocar han lastimado mi alma, por que yo conocí á Pablo, conocí á María, conozco á D. Bernardo y á su agente, y os pido á todos una oracion por ellos, una súplica á Dios para que abran sus ojos á la luz, en bien siquiera de la humanidad desventurada. ¡Oh! ellos necesitan de muchas plegarias, de muchos ruegos, por que sus culpas son de aquellas que no se pueden subsanar.

Hasta el próximo dia, hijos míos; mañana continuaremos hablando del precepto, No hurtar, del cual quedan innumerables cosas que decir.

Todos se alejaron preocupados con la historia que acababan de oír, y sobre todo, Julian el mayordomo que murmuró al bajar la escalera.

—Y yo que pensaba dar mis pequeños ahorros á préstamo, con un rédito módico! no, no: lo que es yo decisto enteramente de mi propósito; no quiero que me puedan confundir con ese D. Bernardo.

(Continuad.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.